

Ana María Roteta de la Maza

In Memoriam

Tras dura lucha con los graves problemas respiratorios que la aquejaron desde su juventud, el 19 de diciembre de 2010 falleció la doctora Ana M^a Roteta de la Maza, profesora titular Historia del Arte de la Universidad Autónoma de Madrid. Deseo dejar constancia de mi pequeño homenaje a través de estas líneas que entrañan más carga de amistad que pretensión de valorar sus méritos profesionales, pues no me siento gran experta en ello; nuestra relación se basaba más en el ámbito de la amistad que en la profesión, fue la amistad la que nos unió por encima de las veleidades profesionales. Nos conocimos hace muchos años; una común amiga, Ana Domínguez, nos presentó y constituimos un grupo de amigas que con frecuencia nos reuníamos para intercambiar ideas y puntos de vista sobre diversos aspectos de la vida, experiencias, ilusiones, penas y alegrías.

Ana M^a Roteta comenzó su carrera profesional como docente de historia del arte en 1968 en la recién fundada Universidad Autónoma de Madrid, en el Departamento de Arte y Arqueología que dirigía el prof. D. Gratiniano Nieto, ubicada en la calle Alfonso XII. Años más tarde fue trasladada a su actual emplazamiento en Cantoblanco, siguiendo los cursos en la materia de su especialidad, donde permaneció hasta su jubilación.

A finales de los años setenta del siglo pasado ella estaba embarcada en su tesis doctoral sobre tema por entonces tan novedoso como el grabado, titulada *La ilustración del libro en la España de la Contrarreforma: grabados de Pedro Ángel y Diego de Astor (1588/1637)*, que fue dirigida el prof. Gratiniano Nieto y defendida en la Universidad Complutense en 1981. De ella resultó el libro con el mismo título, publicado en Toledo por el Instituto Provincial de Estudios Toledanos (IPIET) en 1985, prologado por Jose Antonio Maravall. Me llamó poderosamente la atención la elección del tema, para mi completamente desconocido, y ello no fue óbice para que se despertara en mi una gran admiración hacia mi amiga investigadora peculiar. Mucho conversamos sobre la obra de los

dos grabadores, que trasladaron al grabado retratos de excelsos pintores de la segunda mitad del siglo XVI y pinturas prácticamente contemporáneas, entre otros, del Greco. Diego de Astor es el autor de grabados de pinturas del pintor cretense afincado en Toledo, Domenikos Theotocopoulos, como *San Francisco contemplando una calavera*, de 1606; no en vano había sido discípulo suyo. Nombrado por el rey Felipe III grabador de la casa de la Moneda de Segovia, vacante por fallecimiento de Hernando Andrea, en 1610 grabó la portada del libro de Mauro Castella Ferrer, *Historia del apóstol de Jesucristo Santiago*, su retrato y varias estampas. Grabó en 1629 la puerta de Guadalajara con las figuras de Fernán García y de Díaz Sanz que están en

Ana M^a. Roteta (primera por la derecha) en un viaje de estudios con el Dr. D. José M^a. Azcárate y un grupo de ayudantes y alumnas.



la *Historia de Segovia* escrita por Colmenares, grabado analizado por la dra. Roteta y publicado bajo el título “Un grabado representativo de arquitectura emblemática. La puerta de Guadalajara” (Goya, 181-182, 1984, pp. 26-29).

Su interés por el grabado ya venía de antes, como lo ponen de manifiesto diversos artículos: “El retrato-grabado español en Pedro Ángel” (*Goya*, 130, 1976, pp. 220-228); “Un dibujo original de Juan Bautista Monegro para la portada de Monarquía de España, de Salazar de Mendoza” (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 79, 1976, pp. 943-944); o “Comentarios sobre un retrato del rey San Fernando atribuido a Diego de Astor”, (Madrid, Fundación Lázaro Galdiano, 1978). Siguió sus investigaciones sobre el tema después de su tesis. Un título interesante es el “Estudio de la portada del libro de Juan Pablo Bonet, Arte para enseñar a hablar a los mudos” (Madrid, C.S.I.C. Instituto Diego Velázquez, 1983). Al recordar las investigaciones de mi buena amiga, la emoción me conmueve.

Ana M^a Roteta era una gran conversadora y una narradora muy emotiva, que mantenía la atención de los oyentes. Sus dotes se ponían de manifiesto en la viveza que prestaba a sus relatos. Oírla contar una película era un auténtico placer: los personajes se hacían vívidos y activos. Como recuerdo los comentarios sobre *El tercer hombre*, los retratos representados por los protagonistas, a propósito del amor, el desamor y la amistad.

Ana gustó siempre de la naturaleza, le encantaba caminar y contemplar los paisajes del entorno madrileño, pero sobre todo por su querida tierra guipuzcoana, por las verdes montañas. Pero a mí, persona de tierra adentro y aprendiz de natación ya adulta, me resultaba imposible calibrar sus proezas de nadadora, y de una proeza inigualable escuchar, sin darle importancia, lo gran nadadora que fue: hizo muchos largos de Zarauz a Guetaria. No me cabe duda lo que debió de disfrutar recorriendo la reserva de Urdaibai, la que ofrece mayor diversidad paisajística y ecológica de toda la comunidad vasca.

Este amor a la naturaleza influyó en su carácter bondadoso y lírico, que siempre mostro. No recuerdo en ella los chismorreos ni los cotilleos; parecía como que la manchaban. Por el contrario, poseía una gran calidad humana. La última vez que la vi en Madrid, ella y otras amigas jubiladas estaban embarcadas en la ayuda a personas necesitadas.

Mi última conversación con Ana fue telefónica, ignorando la gravedad de su estado. Ella estaba preparada para salir a dar un paseo por Zarauz, en silla de ruedas, extremo que supe en ese momento; ella misma me prohibió informar ni hacer comentarios sobre su situación, que cumplí como una orden. Su voz se notaba triste y agotada, pero estaba contenta de conversar; intuí más tarde que fue su despedida. Qué ingenuidad por mi parte el animarla a que se insertara en el mundo de la informática, que la relajaría mucho y la activaría. No pude cumplir mi promesa de llamarla de nuevo. Al poco tiempo recibí la noticia de su fallecimiento. Descansa en paz, Ana.

Ángela Franco